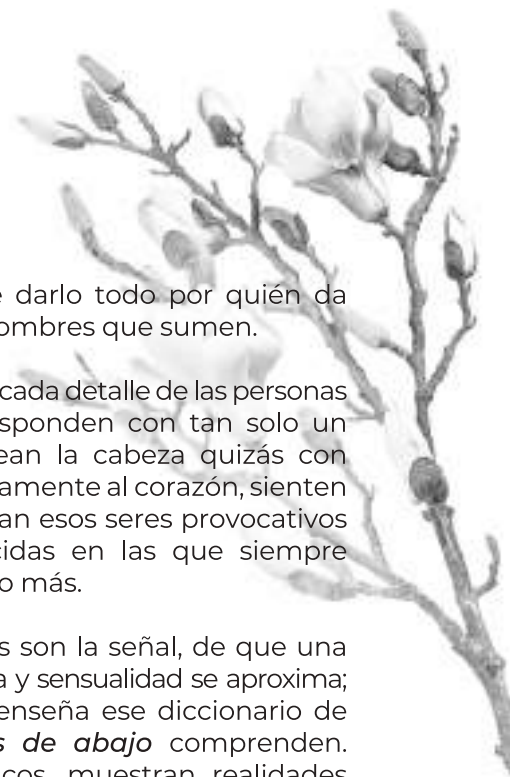




LA CATEDRAL

José David Loaiza



Estaba ahí, ha sido testiga de los avatares más vertiginosos del tiempo; las circunstancias la han convertido en una pieza más del rompecabezas que se llena de muros y vidrios, donde el verde es limitado y queda reducido a unas pequeñas materas. Las personas la visitan a diario, levantan allí plegarias a un Ser que quizás las escuché o no; su interior es recóndito, imponente; afuera, a lo lejos está el bullicio de una ciudad asfixiante que se disipa en la inmensidad de los muros que han sido testigos silenciosos de alegrías y de llantos.

Muchas de las mujeres que hasta allí llegan, van a pedir perdón y a solicitar más compradores, los cuales llegan a diario, llenando expectativas otros no, por unos cuantos pesos. En efecto, Una bendición es el inicio de una realidad que muchos juzgan, pero que solo ellas entienden.

Ella está ahí, tan solo tiene treinta y dos años, es alta, luce un bonito cabello, es inteligente y dueña de una hermosa sonrisa. Su belleza es incomparable. Muchos hombres la ven y le lanzan halagos, pero ella sabe que son cometidos que engalanan ese cuerpo con el que trabaja en noches de lujuria e insatisfacción.

A diario se dirige a los alrededores de la plaza, para hacer de su cuerpo un festín de cuantos pasan por allí. Las tarifas varían, dependiendo del cliente; si está bueno, el precio se puede negociar, de lo contrario no.

Sus amigas la cuidan y respetan, saben que vive una realidad difícil, no se lo echan en cara, pero se cuidan de no hablar en su presencia, para no ocasionarle molestias.

Ella se contonea para los hombres que son bien parecidos; es como un ave, que busca una pareja de momento, mientras su cuerpo se impregna de esa extraña esencia. Su cabello se mueve al vaivén de un viento que lleva palabras y contaminación, en una ciudad de tacones y color.

Tiene su zona definida donde las tiendas religiosas no la molestan; sabe que esos santos la cuidan y la ayudan a prosperar en el negocio. Su fe está intacta,

que tiene la gracia de darlo todo por quién da más, sin importar los hombres que sumen.

Sus ojos se detienen en cada detalle de las personas que pasan, las que responden con tan solo un saludo o las que voltean la cabeza quizás con indiferencia. Ven directamente al corazón, sienten sus realidades, desnudan esos seres provocativos en sus mentes retorcidas en las que siempre queda espacio para uno más.

El ruido de sus tacones son la señal, de que una enorme banda de fuerza y sensualidad se aproxima; con una sola palabra enseña ese diccionario de términos que solo *los de abajo* comprenden. Sus colores son mágicos, muestran realidades inimaginables. Cualquier color se convierte en esa forma exacta de darle vida a la calle, donde muchas se menean y dejan lentejuelas al pasar; en un carnaval, donde la mejor se queda con los más generosos y la menos afortunada con lo que dejan las otras.

Las palomas revolotean, y por más que vuelen juntas no son capaces de igualar la belleza de ese grupo reducido de seres de imaginación.

Ella camina, llega a la esquina, a lo lejos ve bandadas de aves. Unas cuantas personas se dirigen al templo. Tiene un vestido azul y zapatos de plataforma; su único acompañante es un bolso de mano, en el cual lleva preservativos y un elemento corto-punzante para su defensa; ya aprendió la lección de que en cualquier momento éste puede ser necesario.

Hace bochorno y toca su cara, pone su mano en la frente, se siente acalorada. A lo lejos ve a unos clérigos; ellos contonean sus hábitos de manera natural y ella está consternada, siente que el calor descende por su cuerpo, jamás había visto hombres tan organizados; los detalla, aprecia sus peinados, uñas, zapatillas, vestimenta, los recorre a todos con la vista, son seres intocables para ella.

Voltea la cabeza y tras un parpadeo un segundo es suficiente para ver un chico, alto, organizado, de buen aspecto, dueño de unos ojos que nunca había visto; él se dirige a los clérigos y entra al

templo; ella lo sigue; es una persecución en pleno domingo de ramos. La gente está agolpada a lado y lado del templo, sólo hay espacio para la entrada del Jesús y los clérigos.

Intenta buscarlo, no lo ve. Se desespera.

La gente viene y va en medio de cantos, hasta que finalmente lo ve dirigiéndose a un costado de la nave izquierda; ella se dirige hacia allí tomando una pequeña puerta. No se da por vencida; mientras sube unas estrechas escaleras su bolso cae pero lo recoge con prontitud. Llega al final de las escaleras e ingresa a un hermoso lugar que jamás hubiera imaginado; solo ve unos largos tubos y una especie de mesa. Al instante suenan melodías de alabanza; como no encuentra al joven sus ánimos decaen, pero tras caminar unos cuantos pasos lo vuelve a ver. Instantáneamente queda sorprendida, su bolso vuelve a caer. No puede imaginar que ese ser sea el artífice de tan magna obra musical.

Allí en la calle, era alguien desapercibido, pero acá se ha convertido en una persona totalmente diferente, por su capacidad de darle vida a esos tubos y a ese magno templo. Ella está atónita, no pronuncia palabra, sólo se limita a respirar y mirarlo; da un paso y tropieza, por lo que él se da cuenta de su presencia; él se levanta, la detiene un pequeño muro. Él se dirige a ella, la toma del brazo y la levanta; ella ruborizándose acepta su ayuda. Él le pregunta:

-¿Estás bien?

Ella entre dudas responde:

-¡Si claro, gracias!

Él la detalla de arriba abajo, y le pregunta:

-¿Cómo te llamas?

Le responde:

-Ana ¿Con quién tengo el gusto?

-Antonio- responde él-

Ella termina de levantarse y se disculpa, decide huir del lugar; su ser esta alegre, pero comienza a sentir una pasión y dualidad, que no logra comprender. Baja rápidamente las angostas escaleras, mostrando gran maestría en el uso del tacón. Al instante se encuentra con alguien que la interpela severamente, diciéndole:

-¡Degenerada, esto no es una pocilga para hacer cochinas, respete!

-Él joven que la había ayudado, escucha cómo la estaban tratando. Desea ayudarla, pero sabe que debe mantener silencio, para no generar sospechas, Él quiere volver a estar ahí para cuando la vuelva a encontrar y sentir esas manos suaves y esos ojos profundos; frunce el ceño, está consternado.

Mientras tanto, al bajar a la nave una multitud de personas la recibe; todos la miran fijamente como si hubiese cometido un gran crimen; su crimen fue seguir al joven organista. Toma su bolso entre los dos brazos como un escudo que la defiende de esas miradas que esconden, miedos, dudas, zozobra, falta de valor y ante todo amor propio. La gente forma una especie de calle, por la que ella pasa tranquilamente. Ellos expresan odio con su mirada; a ella no le importa, sólo quiere salir de allí y volverlo a ver.

Regresa a su esquina; llegan clientes pero no los atiende. A sus compañeras se les hace extraño esto. Una de ellas pregunta:

-¿Qué le pasa a ésta?

Otra dice:

-¿Se quiere enclaustrar o qué?

Risas y miradas llenan el aire de cizaña, dando un toque de intriga de querer saber qué le ocurre a esa silenciosa pero extravagante compañera. Su mirada estaba perdida, ya no le importa saber lo que dicen sus amigas.

Estaba convencida de que él saldría; ella lo agradecería, pero quería ir más allá, deseaba conocerlo, hablarle, mirarle, sentirlo. Su deseo superaba los sentidos alterados por una testosterona y por los malos tratos.

Sentía que él era diferente, su mirada le dio tranquilidad, sus palabras fortaleza, sus brazos le permitieron sentir que era amada; nunca había tenido estas sensaciones con nadie.

El joven, que ordinariamente se deleitaba con las melodías graves de un instrumento, con el que adornaba las ceremonias más solemnes de la catedral, estaba inquieto, nunca había escuchado una voz tan particular, pero a su vez tan profunda. Estando allí, ella dio vida a ese espacio de ladrillos y grandes tubos, ante todo a una persona que como él, no había experimentado la vida más allá del pentagrama.



Él deseaba volverla a ver. Sus compromisos llenaban su cabeza, volviéndola una cuadrícula, en la que solo él se podía mover; ella estaba en esos minúsculos cuadros rompiéndolos, para darles vida. No sabía nada de ella y deseaba saberlo todo; ¿quién fue ese ser que perturbó una esencia establecida por prejuicios de muros camándulas y sotanas?

Sus acordes iban acompañados de una fuerza que se evidenciaba en los sonidos; unas lágrimas cayeron entre las teclas, su ser estaba perturbado por saber sobre el bienestar de esa chica imponente pero misteriosa. Desesperadamente termina y guarda sus anotaciones musicales; su prisa es evidente, irrumpe en los pasillos de la catedral con ligeras pisadas hacia la calle, uno de sus compañeros lo ve y se pregunta:

-¿Qué le habrá pasado, nunca lo había visto en esa actitud?... será ir a ver qué pasa.

Este joven -intrigado por lo que le estuviera pasando a su silencioso amigo- decide salir al atrio a buscarlo; sólo logra ver una gran cantidad de personas tratando de ubicarse en un desorden de ciudad que les destruye cada día más. Se pregunta qué será de ese amigo que someramente conoce, pero con el que ha compartido tanto; teme que algo le esté pasando y no lo sabe. Quiere ayudarlo sin importar lo que suceda. Su soledad lo llevo a glorificar a ese chico que siempre veía detrás del piano, a respetarlo y a quererlo; plasmaba en ese

ser silencioso, lo que él no poseía; se reconocía como un desdichado, pero aún con todas sus penalidades lograba seguir viviendo.

Por su parte, ella seguía a la espera, pasaba su bolso de una mano a otra, movía la rodilla, su mirada estaba fija en el atrio. Sus amigas la detallaban, deseaban saber a quién esperaba, los susurros iban y venían. No se les escapaba nada.

Una le grita:

-¡Oíste, el inquilinato no se paga solo; si sigues no te van a llegar los clientes; debes mostrar más!

No la escucha, sus sentidos están puestos en ese joven de contextura fina, que en cualquier momento saldrá a esa realidad donde se pone a prueba el sentir. Pasan unos minutos, finalmente sale, y sus miradas inmediatamente se encuentran, no importa nadie más. Sus sentidos están bloqueados, desean contarse todo.

Al acercarse, ambos están muy nerviosos, ella le presenta una excusa que él no acepta; él se disculpa por no haberla defendido cuando fue tratada así, pero con una simple sonrisa ella le corresponde. Ella, moviendo sus manos desesperadamente, le pregunta:

-¿Qué te pasa?

Él responde:

-No sé.

Deciden sentarse en la cafetería de la esquina. Ella toma el asiento delicadamente, mientras él observa que está bien formada, que se mueve tranquila tomando posesión de un espacio que reconoce como propio, al que le da vida y esplendor. Todos se quedan mirándola, ante tan grandiosa obra de arte.

Él simplemente queda anonadado por la fuerza que ella expone en cada movimiento, es digna de las obras maestras más complejas; su frescura, hace que él aprenda cada movimiento como suyo. Ella se mueve con la misma armonía de las notas musicales, dándole vida a los colores que lleva puestos. Con su delicada mano llama al mesero, que inmediatamente llega para atenderla como se merece; el joven no para de mirarla, sus parpadeos son lentos, la cafetería es solo de ellos.

La mirada queda fija en ese joven de blancas y negras, el cual se impregna de un gigantesco

instrumento, olvidándose de sí mismo, para dar a relucir su verdadera identidad.

A la bella dama le encanta esto; al mirarlo, una lágrima desciende por su rostro, haciendo que la belleza se oscurezca por un momento. Toma su mano, diciéndole:

-¿Qué pasa?

Por un momento, ella queda en silencio, la catedral y la ciudad también. Es como si estuviera conectada con la realidad de aquellas. La mente del joven se nubla y se abre camino hacia la consciencia de esa misteriosa mujer, queriendo saber qué le pasa. Finalmente ella toma sus brazos, como si lo conociera desde tiempo atrás, y siente que ya son una sola carne; entre sollozos, le dice:

-Desde que te ví, contemplé tu belleza; ante todo esa pureza que me hace falta, eres tú, el que le puede dar sentido a mi sentir.

-Él está consternado e intenta consolarla, preguntándole:

-¿Por qué?

Me ayudaste cuando caí, nadie lo había hecho. Siempre que caía, me utilizaban.

Él exclama:

-No te preocupes, siempre estaré aquí para ayudarte.

Brota una sonrisa en ese mar de tristeza, pero ella le dice:

-Eso no es todo

-¿Qué más tienes para decirme? Pregunta él.

Ella responde:

-Es mi pasado... me ha estado mortificando estos últimos días; deseo hablar con alguien; mi alma está turbada y necesita consuelo. Mis lentejuelas y elegancia, ocultan ese ser que en un tiempo fue oscuridad y que sólo podía proyectar ráfagas de sangre y dolor.

Él cambia su mirada y le dice:

-¿Qué es lo que ha pasado?

Hace aproximadamente quince años, mi vida transcurría normal, yo vivía en Támesis; me reclutaron y ahí comenzó todo mi tormento. Escapar

era la única opción y sólo me acompañaba un arma que conocía mis deseos y penumbras; con ella podía dar inicio y fin a una vida; pero no era yo misma, era el deseo de luchar por una causa que yo no comprendía.

Recuerdo que sólo escuchaba la radio; mis jefes tenían miedo de que el ejército nos encontrara y ajusticiara; allí aprendí a ser mujer, a defenderme, asesiné a muchos y en ese tiempo no me importaba nada. A esos que maté sin compasión, ahora los veo en mis sueños; no me dejan vivir; pero alguien en particular me perturba permanentemente; todo el tiempo es como si me preguntara :
¿Por qué lo hiciste?

Ya no tengo sentimientos, se han ido desde que perdí miedo a la muerte; siempre me ha acompañado, y ya no me da miedo si llega; siempre estoy preparada.

Él joven la mira paralizado, lo único que se le ocurre es preguntarse cómo se llamaba esa persona asesinada.

Ella siente que los latidos de su corazón van más rápido, que su respiración se vuelve pesada. El café servido se enfría; empuña sus manos para que de su boca no salga algo que no quiere decir.

La ansiedad sigue aumentando en él; ahora quiere saber quién fue esa persona a la que ella le robó la vida.

Ella comienza a contar que recuerda con mucha tristeza, que desde que él se fue, una parte de su corazón murió. Solo recuerda que él no tenía la culpa; que era padre de tres niños y que sólo estaba en el lugar equivocado, es decir, donde debía reunirse el grupo armado. Se dice a sí misma que sólo estaba cumpliendo la orden de sus superiores de eliminar a todo el que se interpusiera. Aquel padre fue quien ese día se interpuso, y ella le dio fin a su vida.

Una vez pronunciadas estas palabras, el joven cambió su expresión. Hubiera preferido otra cosa, pero no podía; simplemente se levantó de su silla, la abrazó llorando y le dijo:
-¡Gracias! . Por fin mi papá puede descansar en paz; yo te perdono, no te guardo rencor.

En ese momento ella entendió que el perdón es

algo puro y complejo; que está en todas las personas y que, más allá de su deseo, lleva a desatarse de ese rencor, y a tener una mejor vida, aunque cueste. Ahora los semblantes de ambos eran muy diferentes, irradiaban una imensa alegría. Se levantan de la mesa, pagan la cuenta y se dirigen hacia la catedral, dónde desean poner su amor, y darle gracias a Dios.

Ya en el atrio, las compañeras de la joven la ven y le preguntan:

-¿No vas a trabajar?

Ella les dice con ímpetu y tranquilidad:

"Entendí que el arte está en cualquier parte, en el lugar menos esperado, se aprende a darle forma, ese tinte de pasión para que tenga amor. También, que el amor es algo tan simple que está a la vuelta de la esquina y que ser meretriz, no es algo banal y placentero, es dedicación y honor; que cada día estamos llamadas a dar lo mejor de nosotras, para satisfacer una sociedad que es consumista y poco reflexiva. También aprendí que esta catedral que siempre nos vigila y sabe de nuestras vivencias nos invita a que depositemos en ella nuestros miedos, adornándola y dándole vida; ella lo pide a gritos, porque sin nosotras este espacio estaría muerto; no son los clérigos, somos nosotras, desde la sinceridad y nuestros corazones abiertos, las que engalanamos este arte mudo, de ladrillo y tejas; somos nosotras las que con unos cuantos ademanes y color vivimos para una sociedad que no entiende que la meretriz también es santa.

Dicho esto se despide y entra con su compañero al templo como si fueran una sola carne; agradeciendo la suerte de haberse encontrado aquel día, logrando que finalmente el arte, el bullicio, las notas, los tacones y hasta las malas palabras los unieran para siempre.

Ahora, cuando ya han pasado algunos años, juntos recuerdan ese día como una fecha especial; sienten mucha tranquilidad en sus conciencias y de hecho son más libres .

Mientras él sigue siendo feliz a su lado, por su parte, el amigo que tanto lo amaba en secreto, pudo explotar su inclinación dejando que su cuerpo fuera adornado de lentejuelas y sensualidad. Con amigas de los colectivos LGTBI de la ciudad sigue trabajando por la reivindicación y defensa de sus

derechos, desde la pedagogía y la inclusión.

Han pasado varios años desde que lograron entender al perdón como la base del amor. Su felicidad se ve en cada paso que dan; saben que no son seres de resentimiento sino de encuentro y de unión. Caminan a diario por la plaza, miran la catedral, esa imponente obra, a la que los de abajo le dan vida, adornan y llenan de gracia. Los dos se miran, juntan sus manos y con un beso sellan ese amor puro; sentimiento que una bandada de palomas adorna creando un hermoso cuadro de ternura y majestuosidad, para dos seres que irradian amor en una ciudad de desprecios y prejuicios.

Cada fin de semana acompañada de su amor, ella vuelve a buscar en las esquinas o en los muros de la catedral a sus amigas, esas a las que muchos temen; escucha sus historias, nota sus reacciones frente a quienes las juzgan, y piensa en cómo sus soledades desatan fuerzas contenidas por miedo y por dolor.

